

## LAUDATIO DE ANA MARÍA VICENT

RAFAEL MIR JORDANO  
ACADÉMICO NUMERARIO

Es un recurso fácil, reiterado y a veces insoportable que quien se ve en el trance de hacer el panegírico de una persona personaje gaste demasiado tiempo hablando de sí mismo —lo que no suele interesar al auditorio ni al lector— recordando sus relaciones con el biografiado y tiempos compartidos.

Pero no quiero obviar el tópico, que para algunos es siempre digno de respeto, y acudiré a mi memoria, aunque sólo para dar una pincelada:

Cuando encabecé la primera Delegación Provincial de Cultura de la democracia, dependiente del Ministerio recién creado, mi inicial y más frecuente interlocutor válido fue Ana María Vicent Zaragoza, directora del Museo Arqueológico y ocupada y preocupada por éste y por el yacimiento de Medina Azahara, al que la unían no recuerdo bien cuales vínculos administrativos y para el que logró completar la adquisición de todo el yacimiento y la funcionalidad de un edificio dedicado a almacenes y vivienda.. De sus dos pasiones, ésta de Medina-Azahara fue también mía.

En esta ciudad de Córdoba en que tanto se ha practicado la depredación de restos arqueológicos, cuyo comercio ilegal ha enriquecido a muchos, uno de los retos más difícil era en aquellos tiempos afrontar con parvedad de medios los problemas de seguridad y conseguir vigilancia eficaz. ¡Qué feliz ingenuidad la de Ana María cuando logró para guarda de su museo un perro imponente y ladrador! Y apostillo que estamos hablando de los años finales de la década de los setenta, cuando la técnica brindaba ya buenas posibilidades. ¡Pero si no se libraba dinero para pagar a personas necesarias, cómo soñar con recibirlo para la dotación de medios sofisticados!

Alcoyana de nacimiento, con traslado muy temprano de la familia a Valencia, fue en ésta ciudad donde Ana María cursó el bachillerato, superó el examen de estado o reválida, que como ella misma recuerda dejaba atrás a mucha gente buena (añadimos: de los regulares y malos no pasaba ni uno) y donde hizo, en su Facultad de Filosofía y Letras, la especialidad de Historia, decantándose pronto por la Arqueología, disciplina de la que fue profesora ayudante, junto con la de Historia del Arte.

En Madrid logró en la Complutense ser adjunta de Prehistoria, al par que interina en el Museo Arqueológico Nacional.

Completó su formación con estudios en Florencia, Roma, Ravenna, diplomándose en arqueología cristiana y bizantina en la Universidad de Bolonia.

Salta de la docencia a la museística, obteniendo el número uno de la oposición que, por jubilación de Don Samuel de los Santos, la trajo al Museo Arqueológico de Córdoba. Tanto la apreciaban en Madrid que le guardaron un año la adjuntía por si se arrepentía de su venida a Córdoba.

Y era para arrepentirse. La flamante directora encontró un montón de piezas mezcladas, con etiquetas perdidas o ilegibles muchas veces, porque los traslados de la Plaza de San Juan a la calle Velásquez Bosco y de ésta a la casa palacio recién adquirida en la Plaza de Jerónimo Páez, parecían haber sido hechos por enemigos de la Arqueología, como ella suele decir.

En 1960 Ana María tenía ante sí dos retos, probablemente excesivos para una sola persona: realizar la instalación del museo en el Palacio de los Páez de Castillejo, en parte mudejar y en parte renacentista, con portada de Hernán Ruiz II, eso sí, lleno de sugerencias y posibilidades, aunque con una extensión mucho menor de la que ha llegado a tener con la ampliaciones propiciadas por la directora; y, de otro lado, ordenar previamente su contenido, que ascendía a trece mil ciento sesenta y tres piezas, desde el paleolítico inferior hasta el siglo XVI, también con objetos de la Edad Moderna y siglo XIX, más una sección etnológica.

Por cierto: ¿qué ha sido del proyecto de Ana María del Museo de Artes y Costumbres populares para el que gestionó la compra de la casa de la calle de Samuel de los Santos? ¿Un roto en el recuerdo?

La lucha por la cultura a partir de los años sesenta implicaba la necesidad de suplir la carencia de medios con esfuerzos titánicos y con mucha imaginación. Para las tareas de instalación y ordenación contaba la directora con un solo empleado, por lo que tuvo que pedir ayuda llamando a todas las puertas. (El gobernador militar, que no podía proporcionarle soldados, llegó a hacerle la oferta de imposible aceptación de la guardia del gobierno). Encontró ayuda en un grupo humano infravalorado por la sociedad: las componentes de la Sección Femenina; sin bagaje cultural, tenían una disposición personal sin límites para trabajar desinteresadamente y para aprender de prisa.

Poco a poco Ana María Vicent empezó a ver crecer y multiplicar ordenadamente el espacio y las piezas (de trece mil a treinta mil) de ese museo que ella soñaba, con sus preciosos jardines, patios y fuentes, que cumplen el mandato museístico de interrumpir gratuitamente la continuidad de las salas, para descanso y recuperación del visitante.

Naturalmente no vamos a hacer el canto que hoy merece nuestro Museo Arqueológico, que es el canto a lo que su directora hizo, dejando en él gran parte de su vida. Ella dice: "Todo lo hecho ha merecido la pena".

A partir de la profesora y directora de museo, hagamos una excursión hacia la arqueóloga, aunque sea breve, recordando una pregunta que le hizo una periodista y la respuesta subsiguiente:

—¿Ha cogido usted muchas veces el pico para excavar?

—Pues claro que he excavado, como corresponde a mi profesión. Me han salido callos en las manos. El que coge el pico es el obrero, yo estoy con la paletilla...

Cuesta trabajo imaginar a la frágil y breve figura femenina luchando en la tierra y en las piedras con impaciencia, con fuerza y con mimo. Pero desde luego ella luchó.

En muchos lugares alejados de la capital excavó Ana María Vicent, entre los que podemos destacar la excavación de la Cueva de los Murciélagos del pueblo de Zueros, que realizó con la colaboración de la doctora Muñoz Amilibia, profesora de la Universidad de Barcelona. El estrato más importante, con bellísimas cerámicas decoradas, brazaletes de mármol, etc. podía fecharse en el quinto milenio antes de Jesucristo. También trabajó en Fuente Tojar (necrópolis), Monturque, Montilla, Cortijo El Alcalde y La Barquera (villas romanas); en Aguilar...

En 1973 contrajo matrimonio con el Dr. Alejandro Marcos Pous, primer profesor de Arqueología en la Universidad de Córdoba, con el creó la revista *Corduba Arqueológica*, constituyó una peculiar sociedad de investigación y forma una pareja de gran per-

sonalidad y sumo atractivo.

Ana María Vicent, mujer desinteresada en el centro de un mundo masculino e interesado, se atrevió sola, antes de casarse, y luego con el apoyo de su marido, a librar batallas de mucha repercusión social (por ejemplo, la motivada por el derribo del convento de Santa María de Gracia) y de salvar de la piqueta, la venta o el enterramiento, miles de restos y piezas de gran interés arqueológico, sin apenas paralizar obras en perjuicio de constructores y promotores. Reconoce haber parado, solo parcialmente, las obras de ampliación del Palacio de la Merced, porque encontraron, ella y su esposo, bajo estratos destruidos por la excavadora los niveles iniciales de un estupendo yacimiento arqueológico, uno de los más importantes del mundo romano con cerámica sigillata de la variedad aretina lisa.

Si para terminar esta *laudatio* me adentrara por la bibliografía de la mujer que hoy enaltecemos, que puede consultarse en otros lugares, quizá me excediera. Quede simple constancia de que es autora de unos sesenta trabajos profesionales publicados en libros, artículos y comunicaciones a congresos.

Tampoco me extenderé tratando su condición y actuación de numeraria de nuestra Real Academia, que los académicos tenemos a mano acudiendo a nuestra memoria y a nuestro Boletín. Solo recordaré que leyó su discurso de ingreso el 30 de marzo de 1989, y que versó sobre los retratos romanos femeninos que existen en el Museo Arqueológico.

Así que finalizamos proponiendo que añadamos a las muchas medallas y condecoraciones que Ana María Vicent tiene (encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio, Medalla al Mérito de Bellas Artes, Medalla de Oro de la Ciudad de Córdoba, etc.) la firme promesa de nuestros imperecederos afecto, respeto y agradecimiento.